

SABER Y TIEMPO

REVISTA DE HISTORIA DE LA CIENCIA

PUBLICACIÓN DE LA ASOCIACIÓN BIBLIOTECA JOSÉ BABINI

BUENOS AIRES

ENERO-JUNIO 2002

Temas de *Saber y Tiempo*

EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO EN LA ARGENTINA DE ENTREGUERRAS

3

Saber y Tiempo prosigue, en este número, con la revisión crítica de la producción científica y filosófica de la Argentina, durante el período comprendido entre ambas guerras mundiales, que se inició en el N° 11 de la revista con sendos trabajos de Luis Alberto ROMERO y Tomás BUCH sobre los aspectos sociales, políticos, económicos y tecnológicos que caracterizaron ese período. En ese mismo número Manuel FERNÁNDEZ LÓPEZ se refirió al pensamiento económico del período, Mario BUNGE a la filosofía y Juan Carlos AGULLA a la enseñanza y la investigación sociológicas. En el N° 12, Alejandro CATTARUZZA se refirió a los estudios históricos, Andrés O. M. STOPPANI, a la Fisiología, Marcelo VERNENGO a la Química y Horacio CAMACHO a las ciencias geológicas. La presente entrega contiene trabajos de Hugo KLAPPENBACH sobre la psicología y de Edgardo FERNÁNDEZ STACCO sobre la matemática en el período de entreguerras.

Hugo Klappenbach, luego de referirse a la psicología de fines del siglo XIX y comienzos del XX y al contexto intelectual y cultural de la primera posguerra, se ocupa de la enseñanza de la psicología en la Argentina en esos mismos años, a través de la labor de Félix Krueger, José Ingenieros y Coriolano Alberini. Luego de pasar revista a las instituciones y publicaciones del período entre guerras, se ocupa de la obra de Enrique Mouchet y de los estudios de Alfredo Palacios,

para concluir que hubo un tránsito vigoroso de la psicología, caracterizado por un intenso movimiento de autores, instituciones e ideas, cierta ambigüedad con respecto a la tradición psicológica de las primeras décadas del siglo XX -que no dejó de atraer a muchos de los estudiosos- y un marcado repliegue de la psicología académica hacia la filosofía.

Edgardo Fernández Stacco centra su enfoque en la obra y la personalidad de Julio Rey Pastor quien, durante todo el período considerado, fue el principal animador y verdadero constructor de la matemática superior en la Argentina. Luego de describir la situación que encontró en su primera visita de 1917 y de referirse a las primeras publicaciones de matemática, señala los acontecimientos que hicieron de 1928 un “año crucial” para la matemática argentina: la creación del primer centro de investigación matemática, la aparición de la primera publicación de ese carácter y la primera participación argentina en un congreso internacional de matemática, que fue el celebrado en Bolonia ese mismo año, todo ello debido a Rey Pastor. Luego de calificar la década de 1930 como de maduración, se refiere a la difusión de la matemática superior fuera de la Universidad de Buenos Aires: en la flamante Universidad Nacional de Cuyo, gracias otra vez a Rey Pastor; en las Facultades rosarinas de la Universidad Nacional del Litoral, particularmente la creación del Instituto de Matemática que dirigió Beppo Levi; en la Universidad Nacional de La Plata, donde actuó Hugo Broggi, y en la Universidad Nacional de Tucumán, a través de la acción de Alessandro Terracini y Félix Cernuschi. Se refiere por último a la fundación de la Unión Matemática Argentina y la realización de las primeras Jornadas Matemáticas de 1945, que constituyeron el cierre de un período que sería seguido por otro, de condiciones adversas, abierto por el golpe militar de 1943.

LA PSICOLOGÍA EN LA ARGENTINA EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS

Hugo Klappenbach

Universidad Nacional de San Luis - Conicet

La Psicología entre 1895 y 1916

Durante las dos décadas que transcurrieron entre 1895 y 1916, el desarrollo de la *nueva psicología* se había inspirado, básicamente, en los problemas de desagregaciones de la personalidad que habían ocupado a la escuela francesa, tanto en Nancy, Salpêtrière o Montpellier. Como expusimos en otros trabajos (*Klappenbach, 1996*), se constituyó en la Argentina una *psicología clínica, experimental y social*. En ese marco, aun cuando se fundaron, tempranamente, laboratorios de psicología experimental -Horacio Piñero en 1899 y en 1902, primero en el Colegio Central de Buenos Aires y luego en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y Víctor Mercante en 1905 en la Universidad Nacional de La Plata-, su finalidad era servir a las actividades docentes, muy lejos de los objetivos de investigación de los laboratorios surgidos en Alemania.

Se ha señalado, en efecto, la relación estrecha que hubo en Alemania entre las finalidades de investigación, prototípicas de las universidades, a partir de la reforma de von Humboldt, y el surgimiento de la psicología experimental (*Dobson & Bruce, 1972*). Incluso McKeen Cattell, que estudió con Wundt en Leipzig, ha afirmado que los “laboratorios universitarios [de psicología experimental] perseguían la *misma finalidad que la Universidad en sí misma*: la educación de los estudiantes y el avance del conocimiento” (*Cattell, 1888*: 37; la traducción es nuestra). En cambio, Horacio Piñero señaló que,

tanto los Laboratorios fundados por él como el método experimental, respondían a la finalidad de divulgación y enseñanza, tendientes a “complementar la enseñanza de la cátedra” (*Piñero, 1902: 318*)

Entre 1895 y 1916 circuló en la Argentina una psicología vigorosa, que se apoyaba en fundamentos de la psicofisiología y alcanzó uno de sus momentos culminantes con los *Principios de Psicología* de José Ingenieros (*Vezzetti, 1988*). El contexto en el cual se había producido aquella psicología estuvo dado por la hegemonía de lo que Oscar Terán (2000) ha llamado la “cultura científica”, concepto que presenta algunos matices diferenciales con el concepto, más aceptado y conocido, de “positivismo”.

El contexto intelectual y cultural después del Centenario de 1910

A partir de aproximadamente 1916, esa psicología comenzó a perder brillo, en un contexto cultural en el cual se destacaba cierto dogmatismo originado en las lecturas de la filosofía alemana, que se leía traducida al castellano en la *Revista de Occidente*, de enorme repercusión en el país (*Babini, 1967*).

Es oportuno advertir que esa reorientación del pensamiento argentino se había originado mucho antes de 1930 y distintos factores tuvieron incidencia en el nuevo clima de ideas. Por lo pronto, desde el punto de vista institucional, además de la instalación del primer gobierno surgido por sufragio universal en 1916, es oportuno considerar el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918, que canalizó a través del espacio académico ideas renovadoras:

Desde el punto de vista filosófico, el positivismo había comenzado a ser discutido en todos los ámbitos de la cultura argentina, a partir de 1910. La nueva generación, la del Centenario, traía otras preferencias que la del 80 y la que le había seguido manteniendo sus mismos criterios. La nueva promoción se va a caracterizar por su orientación idealista y espiritualista, su revalorización de la filosofía y sus problemas esenciales: metafísicos, axiológicos, gnoseológicos y epistemológicos. Pero sus hombres recién comienzan a actuar en la gestión cultural alrededor de 1918. Los años anteriores son de preparación y lucha por sus ideales (*Pró, 1960: 77*).

A partir de 1910 se produjo, efectivamente, una reorientación de las ideas, siguiendo un movimiento en el cual Bergson y Scheler fueron figuras destacadas y jugó también papel decisivo la presencia de Ortega y Gasset, que en 1916 visitó por primera vez la Argentina (*Klappenbach, 1999*). Además de su impacto personal, debe destacarse, de acuerdo con lo apuntado por José Babini, la importancia de Ortega como editor o promotor de ediciones, en particular de expresiones del pensamiento alemán, como Freud, Brentano, Hegel y Spengler, entre otros.¹

En la Argentina, desde Alejandro Korn y Coriolano Alberini hasta Francisco Romero, Diego Pró, Hugo Biagini, José Luis Romero, Jorge Dotti o Mario Bunge, han señalado el fuerte impacto que significó la presencia de Ortega en el país. Korn lo consideró un verdadero “maestro”, que había promovido el ejercicio intelectual autónomo y la caída de las ideas positivistas.² Alberini (*1950*) coincidía con Korn en la deuda hacia Ortega y rescataba la introducción de pensadores como Kant, Husserl o Scheler. Por su parte, Francisco Romero (*1957*) señalaba que Ortega no sólo había contribuido filosófica o intelectualmente a la generación de nuevas ideas sino que, a la par de haber fundado una tradición española en la filosofía, había logrado una *jefatura espiritual*. José Luis Romero (*1998*), por su parte, destacaría que, frente al evolucionismo, Ortega enfatizaba la actividad creadora de la vida, a partir de una nueva perspectiva, basada en Husserl y Meinong. Más distanciados en el tiempo y en la apreciación intelectual, Hugo Biagini (*1989*) analizó los tres viajes de Ortega al país y su impronta en el desarrollo de un pensamiento en situación, mientras Dotti (*1992*) se refería al papel desempeñado por algunos docentes extranjeros, desde Keiper y Krueger hasta Chiabra y Ortega y Gasset, en el diseño de los nuevos estudios que consolidarían la *profesionalización de la filosofía*, en el marco del afianzamiento de un campo intelectual de relativa autonomía. También Mario Bunge (*2001*) destaca esa profesionalización de la filosofía argentina de entreguerras, aunque se muestra más dudoso de considerar que ello hubiera significado un avance.

Mientras Ortega y Gasset enfatizaba en la Argentina que “el positivismo ha muerto” (*Terán, 2000: 30*), algunas de las figuras más prominentes del pensamiento positivista argentino habían comenzado

a señalar los límites de su programa. Uno de los casos más estudiados ha sido el de Rodolfo Rivarola, que comenzó dictando el único curso de filosofía que existía entonces en la Facultad de Filosofía y Letras que, en realidad y como indicó Francisco Romero (1950), correspondía más a un curso de psicología. Sin embargo, cuando Rivarola ocupó la cátedra de Ética y Metafísica, inició un desplazamiento relativo desde Spencer hasta Kant (Romero, 1950). O, por lo menos, intentó integrar a Kant al pensamiento positivista, alegando que ambos otorgaban equivalente importancia a la experiencia (Dotti, 1992).

Por otro lado, según la interpretación de Korn confirmada por Terán, José Ingenieros, una de las personalidades más destacadas del positivismo argentino, de renombre internacional, comenzaría también a formular replanteos al pensamiento positivista. En efecto, José Ingenieros, no el de *Principios de Psicología*, sino el Ingenieros de *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, subrayó la importancia de la metafísica y con ello “se desliga de toda contaminación positivista”. Por tal razón, reflexionaba Korn, ese texto de Ingenieros, publicado en 1918, iba a “contribuir a desalojar” el “positivismo con persistencia rutinaria”, toda vez que constituía “un exponente de la reacción metafísica ha tiempo iniciada y ahora en vías de propagarse hasta las antípodas” (Korn, *s/f*: 11).

Resulta claro, desde el punto de vista intelectual, que fueron Alberini y Korn las figuras que iniciaron una renovación -que no excluía superación- de las matrices de pensamiento de las generaciones anteriores. Desde el punto de vista institucional, esa renovación se consolidaría con la acción desarrollada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, que renovaron sus claustros docentes luego de la Reforma Universitaria, y también por el Colegio Novecentista, a partir de 1918, y la Sociedad Kantiana, desde 1929.

Desde el punto de vista de las ideas circulantes, todo ese movimiento de renovación, por de pronto heterogéneo, coincidió en algunas cuestiones centrales. En primer lugar, en la necesidad de construir conceptos filosóficos que no aparecieran como meros epifenómenos de procesos biológicos o psicológicos. En tal sentido, se rescató la culminación en la metafísica, tan cuestionada por los positivistas. Asimismo, se reiteró el énfasis en toda forma de filosofía

[o] forma cultural que implique *poner límites* –sin negar, claro está, el valor del determinismo científico en su legítima esfera- a la interpretación absolutamente mecánica del universo, con preferencia en lo tocante a la *psiquis humana* y al mundo histórico, y propenda, por tanto, a definir a la persona en términos de libertad” (*Pró*, 1960: 84).

Los autores que ingresaron en esta renovación divergieron también en muchos aspectos y fueron, si se quiere, hasta contradictorios. Todos los “neos” sobre los que ironizaba Ingenieros podían caber allí, pero existían algunos nombres y algunas tendencias que se destacaban: Bergson, el neokantismo de Baden, el vitalismo. En dicho contexto, la psicología experimentó profundas reorientaciones, no muy alejadas de las que sufrió la sociología, que en el período de entreguerras había pasado del positivismo francés al historicismo alemán (*Agulla*, 2001).

La enseñanza de la psicología

Los primeros cursos universitarios de Psicología en la Argentina datan de 1895 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, a cargo de Ernesto Weigel Muñoz, y de 1896 en la Facultad de Filosofía y Letras, primero a cargo de Rodolfo Rivarola y desde 1902 a cargo de Horacio Piñero (*Klappenbach*, 1987). En 1907 se creó un segundo curso de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, de conformidad con ideas del propio Piñero y de Félix Krueger, que complementaba en aquella institución el curso que dictaba Piñero (*Klappenbach*, 1994). El criterio de demarcación de ambos cursos estaba, en parte, en relación con los contenidos pero también, en parte, con una orientación teórica, más próxima a una psicología metafísica, filosófica, superior o histórica:

Art. 1°. Corresponde al primer año de Psicología, el estudio de los siguientes puntos: Nociones preparatorias de fisiología y anatomía fisiológica; Relaciones entre el sistema nervioso y los fenómenos psíquicos; sensaciones; tendencias; movimiento; instinto; atención; percepción; memoria; asociación; hipnotismo; sugestión; herencia; psicología patológica.

Art 2°. Corresponden al segundo año los asuntos siguientes: sentimientos y pasiones; procesos intelectuales; voluntad; carácter; personalidad; lenguaje; crítica de los métodos y teorías psicológicas; psicología genética; psicología social. (*Facultad de Filosofía y Letras, 1907: LXV*).

Félix Krueger, discípulo de Wundt en Leipzig, llegó a la Argentina en 1906, formando parte del grupo de científicos alemanes que Wilhelm Keiper había contratado para el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, que se destacaron como investigadores en distintas disciplinas, por ejemplo la física y fisicoquímica (*Ferrari, 1997*). Krueger se hizo cargo del Departamento de Filosofía y Psicología del Instituto. Cuando el Instituto Nacional del Profesorado Secundario fue anexado, en 1907, a la Facultad de Filosofía y Letras, Krueger se hizo cargo del Segundo Curso de Psicología en dicha institución. Krueger empezó por precisar la ubicación epistémica de la psicología, en términos típicamente wundtianos, pues consideraba que “dicha ciencia forma el *complemento* necesario de los estudios en ciencias naturales, la *base* de todas las demás ciencias del espíritu y muy especialmente de la pedagogía” (*Krueger, 1908: 91*). Ya en la segunda unidad del Programa que venía dictando en el Instituto Nacional del Profesorado, Krueger se ocupaba de la triple relación de la psicología según el planteo wundtiano: relaciones de la psicología con la filosofía, con las ciencias naturales y con las ciencias espirituales.

Por otra parte, Krueger exploraba los distintos métodos de la psicología científica según la impronta dualista, también impulsada por Wundt. Este último había señalado que, junto al *método experimental*, la psicología precisaba desarrollar el *método de la observación*, basado en la observación de producciones culturales como el lenguaje, el derecho y los mitos (*Wundt, 1921, 1922, 1999*). Más todavía, según el pensamiento de Wundt, la psicología experimental (en otros momentos llamada individual o fisiológica), sólo era considerada útil para el estudio de los elementos psíquicos más simples.³ Coherentemente con tal posición, desarrolló entre 1900 y 1920 una monumental *Völkerpsychologie*, en cierto sentido más importante que la psicología experimental, ya que era el único camino adecuado para el estudio de los procesos psíquicos más complejos, innacesibles a través del método experimental (*Wundt, 1900-1920*).

En definitiva, Krueger se ocupó, por primera vez en la Argentina, de enseñar “la psicología de los pueblos, según Wundt” (*Krueger, 1908: 94*). En definitiva, el modelo de psicología expuesto por Krueger se alejaba de la tónica psicofisiológica del Primer Curso que dictaba Piñero y aproximaba la psicología a las problemáticas de tipo filosófico, características de la psicología wundtiana.

Luego de la partida de Krueger, dicho curso fue ocupado, entre 1909 y 1911, por José Ingenieros, quien impartió una enseñanza coherente con sus principios psicológicos. Aun cuando Ingenieros no omitía, en la unidad tercera, la relación entre los fenómenos psíquicos elementales (primer curso) y las funciones psíquicas superiores (segundo curso), resultaba clara la ubicación de la psicología en el campo de las ciencias biológicas, tal como lo había planteado en su obra psicológica más ambiciosa (*Ingenieros, 1916*). A lo largo de un programa sumamente analítico, compuesto de treinta y tres unidades, la enseñanza de Ingenieros abarcaba desde el problema de los sentimientos, la imaginación, el razonamiento y la voluntad, hasta los sueños, la histeria, la sugestión o la psicología de las multitudes (*Ingenieros, 1909, 1910*).

Por su parte, Carlos Rodríguez Etchart, quien tuvo a su cargo el Segundo Curso entre 1912 y 1922, también enfatizó una psicología de corte clínico, preocupada por los fenómenos de la alucinación, la sugestión, las ilusiones, que se apoyaba fundamentalmente en la distinción que Grasset había formulado entre psiquismo inferior y superior (*Grasset, 1886, 1898, 1903, 1906*). Sin el brillo ni el detalle de su antecesor, Rodríguez Etchart inscribió su curso, inequívocamente, en el campo de las ciencias naturales. Así, afirmaba en la primera unidad: “Psicología, ciencia natural [Fuentes: Psicología biológica del doctor Ingenieros y sus referencias]” (*Rodríguez Etchart, 1913*).

Sólo con la llegada de Coriolano Alberini al Segundo Curso, que dictó entre 1923 y 1943, la enseñanza se orientó hacia la incorporación de “las fuentes de información históricosociales”, que caracterizaban una psicología “*metafísica, filosófica o superior*”, como ya había sugerido Piñero (1904).

En el primer año en que Alberini lo dictó, el curso estuvo dedicado a “Las teorías psicológicas de Bergson”. La primera parte del curso se dividía en tres unidades: la psicología y sus formas;

evolución de la psicología; los métodos de la psicología. La segunda y última parte, abordaba los siguientes temas: la filosofía de Bergson; la psicología en el bergsonismo; el método en la psicología de Bergson; doctrina de Bergson sobre esencia de lo psíquico; unidad y formas de la vida psíquica; vida y psiquis en el bergsonismo; las formas sensitivas; las formas cognoscitivas; las formas motrices; personalidad y automatismo; metapsíquica; psicología y sociología; psicología y metafísica; la axiología empírica en el bergsonismo; espíritu y orígenes del bergsonismo psicológico; Bergson y la psicología contemporánea; crítica de la psicología bergsoniana (*Alberini, 1923*).

Alberini no mantenía una adhesión acrítica a las ideas de Bergson; al contrario, criticaba especialmente los pasajes irracionales de la obra de Bergson, como la teoría de la intuición. Al mismo tiempo, su enseñanza se fue modificando con el correr de los años. A partir de 1928 y hasta 1932, introdujo, de modo sistemático y extenso, el problema de la *axiogenia*, que concluiría con el problema de la psicología y la patología de los valores (*Alberini, 1928*). Finalmente, luego de algunos cursos en los que enfatizó el problema de la personalidad, en 1938, hacia el final del período que estamos examinando, optó por una enseñanza centrada en grandes corrientes o autores, desde Spencer, James y Wundt hasta Dilthey, Gentile, Krueger y Spranger. La bibliografía a la que recurría Alberini incluía algunos clásicos, como Wundt, Höfding y Dumas, y algunos tratados más recientes de Dwelshauver, Müller, Messer o Segond (*Alberini, 1942*).

Junto a su enseñanza, en su *Introducción a la axiogenia* Alberini (1921) expuso su psicología de modo más completo, toda vez que la axiogenia era considerada parte de la psicología superior, la psicología de los valores. Alberini comenzaba por realizar una distinción tajante entre el mundo de la naturaleza y el mundo humano. Si el mundo natural estaba caracterizado por la constancia mecánica y el determinismo, el mundo humano –y el mundo vital en general–, por el contrario, responde siempre a un fin, es *telética*, y por ende los fines que orientan esa búsqueda pueden ser modificados.⁴ En tal sentido, los valores tienen su origen en el psiquismo humano y la axiogenia es, al mismo tiempo, psicogenia. Alberini rechazaba la concepción genética del psiquismo, según la cual la vida orgánica resultaba un epifenómeno de la materia y la vida psíquica un epifenómeno, a su

vez, del organismo vivo. En planteos que evocaban posiciones de Aristóteles, enfatizaba que vida y psiquismo eran sinónimos, “la psiquis es lo esencial de la vida misma” (*Alberini, 1921: 116*). Si podía admitirse la identidad entre vida y psiquismo, también era necesario extender la identificación hasta la evaluación, la tendencia a fines, es decir, el despliegue del impulso vital axiológico o *vis estimativa*.

Lo interesante es que Alberini proponía una psicología que tenía dos rasgos diferenciales. La primera no surgía de una investigación de laboratorio, aun cuando se apoyase en muchas investigaciones contemporáneas. La segunda fundía en un solo campo las temáticas de la psicología y la filosofía, a pesar de lo cual se alejaba de cualquier posible psicologismo en sus ideas filosóficas.

Por ello, cuando presentó en 1925 al célebre George Dumas en la Universidad de Buenos Aires, Alberini señaló que aun la obra de Ribot ponía de manifiesto

[...] que la psicología científica es hija de la obra de una serie de grandes autores que ante todo son eminentes filósofos. He aquí los nombres de los metafísicos progenitores de la psicología antimetafísica: Herbart, Fechner, Lotze, Wundt, Spencer, Stuart Mill, etc. Como se ve, hasta para eliminar la metafísica parece indispensable invocar el auxilio de grandes metafísicos (*Alberini, 1926: 7*).

En definitiva, la psicología de Alberini difería significativamente de las concepciones que habían desarrollado Piñero o Ingenieros.

Instituciones de la psicología

En el aspecto institucional, coherentemente con ese clima de renovación, la psicología argentina experimentó un crecimiento significativo. En 1930, por iniciativa de Enrique Mouchet, se recreó la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, que intentó continuar la primitiva Sociedad Argentina de Psicología organizada en 1908 por Ingenieros, Piñero, de Veyga y Mercante, entre otros (*Kohn Loncarica, 1973*). Dicha Sociedad publicó dos volúmenes, con las conferencias pronunciadas en sus sesiones científicas. En 1933 esa publicación se denominaba *Boletín de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires* y, en 1935,

Anales de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires. En 1945 publicó un tercer volumen colectivo, *Trabajos actuales de Psicología Normal y Patológica*, que ya desde el título intentaba inscribir la obra en el mismo campo clínico y patológico de la psicología de principios de siglo. Recuérdese que, en 1918, Horacio Piñero había reunido, bajo el título *Trabajos de psicología normal y patológica*, un conjunto de artículos producidos en el Laboratorio de Psicología Experimental que dirigía (*Facultad de Filosofía y Letras, 1916*).

En el ámbito académico se organizó, a finales de 1931, el Instituto de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sobre la base del Laboratorio de Psicología Experimental y bajo la dirección de Enrique Mouchet, por entonces Profesor Titular del Primer Curso de Psicología en dicha casa de estudios. El Instituto comprendía nueve secciones: Psicología general; Psicología fisiológica; Psicometría; Psicología patológica; Psicotécnica; Psicopedagogía; Psicología paranormal; Psicología colectiva y etnológica; Caracterología y criminología. A juzgar por la designación de los adscriptos a cargo de cada sección, solamente habrían funcionado realmente cinco de ellas: Psicología general (llamada también de Filosofía y psicología, doctrinas psicológicas generales), a cargo de Coriolano Alberini; Psicología patológica, bajo la responsabilidad de Juan Ramón Beltrán; Caracterología y criminología, de Osvaldo Loudet; Psicometría, dirigida por José L. Alberti y Psicología fisiológica, a cargo de León Jachesky.

La Ordenanza de creación establecía que el Instituto contaría, entre otras publicaciones, con unos *Anales*. El primer tomo de *Anales del Instituto de Psicología* se publicó en 1935, el segundo en 1938 y el tercero y último en 1941. Cuando Mouchet, destacado diputado nacional por el Partido Socialista, se vio obligado a abandonar la Universidad, luego del golpe de Estado de 1943, los *Anales* desaparecieron del escenario psicológico. Con todo, en los tres volúmenes que llegaron a aparecer, además de personalidades locales, publicaron algunas de las figuras más prominentes de la psicología latinoamericana, entre ellos Plinio Olinto, Walter Blumenfeld y Mariano Ibérico. El propio Mouchet había expresado esa vocación latinoamericanista en las palabras liminares del primer tomo (*Mouchet, 1935: 12*).

También publicaron en los *Anales* algunas personalidades exiliadas de Europa, que comenzaban a llegar a la región, como Emi-

lio Mira y López, Bela Székely o Heriberto Brugger. En total, 11 de los 27 autores que habían publicado en los *Anales del Instituto* eran extranjeros, lo que representaba un 40,74% del total de autores (Sanz Ferramola & Klappenbach, 2000).

Con respecto a los temas abordados en la publicación se ha señalado, en primer lugar, que casi la mitad de los trabajos respondían a la misma *orientación clínica, patológica y fisiológica* que había caracterizado la psicología argentina desde principios de siglo (Sanz Ferramola & Klappenbach, 2000). Esa orientación se manifestaría también en el título de aquella publicación tardía de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, *Trabajos actuales de psicología normal y patológica*.

En segundo lugar, se destaca también el fuerte peso de trabajos sobre *psicología general*, también denominados de *filosofía y psicología*, los cuales, junto a los trabajos de *historia y crónica del estado de la disciplina*, totalizaban casi el 40% de los trabajos (Sanz Ferramola & Klappenbach, 2000). Es posible que esa frecuencia revelara preocupación por los aspectos teóricos de la disciplina debido, probablemente, al inicio de cierta crisis disciplinar a partir de 1930. Esa preocupación no fue únicamente local, ya que coincidió con la orientación más destacada de la historiografía de la psicología, y aun de la psicología general anglosajona, desde mediados de la década de 1920, fuertemente preocupada por la diversidad de corrientes y escuelas de pensamiento en la psicología, como puede apreciarse en las obras de Murchison, Garrett y Heidbreder, entre otros (Klappenbach, 2000).

Además de *Anales del Instituto de Psicología* aparecieron otras publicaciones en el período entreguerras, especialmente a partir de la década de 1930. Aun cuando muchas de ellas alcanzaron un solo número, pusieron de manifiesto un movimiento de importancia en torno a los problemas y los temas de la psicología. Por lo pronto, las dos publicaciones de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, el *Boletín de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires*, cuyo único volumen apareció en 1933, y los *Anales de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires*, que se publicó únicamente en 1935. También los *Archivos del Laboratorio de Psicología Experimental*, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, publicado

solamente en 1931, bajo la dirección de José L. Alberti; la recordada publicación *Psicoterapia*, que Gregorio Berman inició en Córdoba y llegó a editar cuatro números entre 1936 y 1937, y la menos conocida *Archivos Argentinos de Psicología Normal y Patológica, Terapia Neuro-Mental y Ciencias Afines*, que dirigieron Leopoldo Mata y René Arditi Rocha, con no menos de siete números entre 1933 y 1935.⁵

Hubo también publicaciones de campos muy cercanos, como la *Revista de la Sociedad Argentina de Neurología y Psiquiatría*, cuyo primer número apareció en 1925, que estuvo incluida, desde 1926, en la nómina de *Revistas de Especialidades* de la Asociación Médica Argentina; la revista *Hijo Mío*, que comenzó a publicarse en 1936 bajo la dirección de Arturo León López, Gofredo Grasso, Mariano Barilari y Leonardo Grasso, que traía como epígrafe, “la revista de los padres para orientar y educar a sus hijos”; los *Anales de Biotipología, Eugenesis y Medicina Social*, que dirigió Arturo Rossi desde 1933; el *Boletín del Instituto Psiquiátrico de la Facultad de Ciencias Médicas de Rosario*, que comenzó a aparecer en 1929 bajo la dirección de Lanfranco Ciampi, y la *Revista de la Liga Argentina de Higiene Mental*, que editó Gonzalo Bosch desde 1930.

Por supuesto que se trata de un conjunto de publicaciones heterogéneas y desparejas, algunas de ellas claramente científicas y profesionales, y otras destinadas al público en general. En cualquier caso, ponen de manifiesto el vigor de la psicología argentina en el período que estamos analizando.

En una dirección coincidente se podrían señalar otros indicadores, que ponen en evidencia la actualización de la psicología local y los lazos establecidos con algunos de los centros internacionales más destacados de la psicología de la época, de manera similar a lo que había ocurrido a principios de siglo. Entre esos indicadores habría que consignar, en primer lugar, a las personalidades de prestigio internacional que visitaron la Argentina por esos años: George Dumas, Wolfgang Köhler, Adolfo Ferrière y Santín Carlos Rossi. En segundo lugar, el reconocimiento internacional de quienes revistaban como socios honorarios de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires: de nuevo George Dumas, Henri Piéron, Pierre Janet, Paul Sollier, Sante de Sanctis, John Dewey, Edouard Claparède, Hans Driesch,

Felix Krueger y hasta Sigmund Freud. Y en tercer lugar, los socios correspondientes en el extranjero de la misma Sociedad, entre quienes figuraban personalidades como Charles Blondel, Lucien Levy Brühl, Gregorio Marañón, Augusto Pi y Suñer y Luis Jiménez de Asúa.

La obra de Enrique Mouchet

Enrique Mouchet acredita una trayectoria destacada como organizador del incipiente campo psicológico argentino (*Foradori, 1941, 1944*). En 1920, poco después de la muerte de Horacio Piñero, accedió al primer Curso de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre 1925 y 1926 fue Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, en la cual dirigió la revista *Humanidades* entre 1923 y 1926. Fue organizador y Director del Instituto de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1931 hasta 1943, donde dirigió, entre 1935 y 1941, los ya mencionados *Anales del Instituto de Psicología*. Reorganizó en 1930 la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, que presidió durante varios períodos: 1930-1932; 1936-1938; 1942-1945; 1945-1952; 1956-1958; 1958-1961; 1961-1964 (*Foradori, 1968*).

Aparte de esa destacada trayectoria institucional, Mouchet llevó a cabo algunas de las pocas investigaciones empíricas originales que se realizaron en el campo de la psicología en la Argentina en aquellos años, que estuvieron centradas en la percepción táctil en ciegos (*Mouchet, 1930, 1938a, 1938b*). También mostró originalidad en sus estudios sobre el problema del lenguaje interior y la afasia, que inició tempranamente en la dirección que había trazado Horacio Piñero en las primeras décadas del siglo y alcanzaría su madurez, en 1945, con la publicación de *Psicopatología del pensamiento hablado* (*Mouchet, 1945a*).

Sus desarrollos teóricos más destacados se plasmaron en un conjunto de obras, en particular *Instinto, Percepción y Razón* (*Mouchet, 1941*). Dicha obra fue seleccionada como una de las cien más importantes en la historia de la psicología, de acuerdo con la investigación llevada a cabo por el reconocido psicólogo Rubén Ardila (1974).

Ardila considera que el texto de Mouchet fue “la síntesis de su sistema psicológico: una ‘psicología vital,’ en la cual se integran factores perceptivos, instintivos y cognoscitivos” y lo valora como “de gran originalidad” (Ardila, 1974: 201). Fuera del período que estamos examinando, Mouchet dio a conocer *Tratado de las Pasiones* que, no obstante el título, puede ser considerado como la segunda parte de su psicología vital (Mouchet, 1953).

Mouchet había estudiado en la Universidad de Buenos Aires y, como Alejandro Korn, se graduó tanto en filosofía como en medicina. En 1910 se doctoró en la Facultad de Filosofía y Letras con la tesis *Examen del concepto de identidad* y cuatro años más tarde obtuvo su doctorado en Medicina con la tesis *Introducción a la Fisiología y Patología del Espíritu*. Por una parte, esa doble formación podría interpretarse como una vigencia del mandato riboteano. Por otra, podría entenderse como expresión de los nuevos tiempos, para los cuales la psicología no podía limitarse a los aspectos psicofisiológicos de la conducta, sino que debía procurar integrar la *totalidad* de la personalidad humana. Pero si en Korn o Alberini -a pesar que este último no compartiera aquella doble formación universitaria- esta última posición era bastante clara, en Mouchet es bastante más ambigua, y aun cuando, finalmente, pareció inclinarse por las nuevas lecturas, nunca dejó de reivindicar la antigua tradición de la psicología clínica, fisiológica y experimental.

Mouchet desarrolló una concepción de la psicología claramente integradora. Desde su perspectiva, la psicología era “la ciencia virtual del alma, idea cultural en cuya formación cada cual aporta su material, siempre modesto, siempre bienvenido por modesto que él sea” (Mouchet, 1941: 16). Ya en 1930, en la primera conferencia que pronunció en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, Mouchet había destacado que “no hay *una* corriente psicológica, sino muchas” Y seguidamente las identificaba:

Por un lado está la corriente de la psicología experimental y la psicofisiología, por otro la introspección experimental de la Escuela de Würsburg; además la corriente psicoanalítica, que dejará, indudablemente, algunas enseñanzas fecundas, el conductismo norteamericano, la psicología de la estructura y la psicología de la forma, cuyo

más ilustre representante, profesor Koehler, recibiremos próximamente, la psicología sintética francesa con Paulhan y Blondel, la psicología sociológica con Halbwachs y Levy Brühl, la psicología patológica y psiquiátrica que tanto incremento va tomando en los Estados Unidos de Norteamérica (*Mouchet, 1933: 9*).

Entonces, si en 1941 Mouchet afirmaba que la psicología “no es el psicoanálisis, no es la doctrina de la *forma*, ni la *psicofisiología*, ni el *conductismo* norteamericano, ni la *fenomenología*, ni tampoco la *caracterología*”, (*Mouchet 1941: 16*; subrayados nuestros) la negación no implicaba diferenciación de dominios —como podría ocurrir actualmente en algunas corrientes hegemónicas del psicoanálisis lacaniano— sino, por el contrario, negación de totalidades. En tal sentido, que “psicología no es psicoanálisis” equivalía a afirmar que la psicología no era *solamente* el psicoanálisis, y su negación debía entenderse, al mismo tiempo, como una afirmación: la psicología era también *-pero no sólo-* el psicoanálisis, la doctrina de la forma, el conductismo, etc. En ese marco Mouchet se refería, entonces, a “los *psicólogos* del psicoanálisis”, de la misma manera en que afirmó que “Freud es el *primer psicólogo* que nos ha hablado de la función sexual de los sentidos” (*Mouchet, 1940: 38, 109*; subrayado nuestro).

En una dirección convergente, las corrientes de esa “ciencia virtual”, como definía a la psicología, no podían pretender exclusividad sobre los problemas que abordan. Fueron constantes las referencias de Mouchet a autores y dominios muy diversos, desde la filosofía, la biología y la teoría social a la fisiología, la endocrinología y la patología; de Marx, Bergson y la escolástica hasta Scheler, Pi y Suñer, von Uexküll, Ribot, Köhler y Dumas. Tal amplitud se debía, por una parte, a una concepción enciclopédica inocultable y, por otra, a un esfuerzo de especialización en los diferentes dominios de la psicología, que no era para nada despreciable, sobre todo cuando Mouchet abordaba sus temas privilegiados: los fenómenos de la emoción, la percepción de obstáculos en ciegos, y ciertos fenómenos psicopatológicos como la despersonalización, la desrealización y los trastornos del lenguaje.

Precisamente desde ese cruce de referencias tan poco dogmático, y al mismo tiempo de tanta amplitud, Mouchet desarrolló su tesis

de la psicología vital, que no debía confundirse con ningún vitalismo filosófico: “La *psicología vital*, [...] no tiene nada que ver con Bergson, ni con Husserl, ni con Heidegger” (*Mouchet, 1941: 14*; subrayado nuestro). Por el contrario, aproximándose en cierto punto a Ingenieros, Mouchet enfatizaba el estatuto biológico de la psicología vital: “El *psicólogo vital* es el biólogo de la introspección. Esto quiere decir que su psicología es una psicología biológica”. Sin embargo, diferenciándose al mismo tiempo de Ingenieros, destacaba que

[...] nuestra *psicología vital* no es igual -ni de lejos- a lo que comúnmente se entiende por *psicología biológica*. Esta convierte la vida psíquica en una cosa, que pareciera tener existencia concreta y palpable y, por lo tanto, medible. La psicología vital, en cambio, considera el alma como algo viviente, nada objetivo, sino puramente subjetivo, si bien se exterioriza en manifestaciones somáticas y, por lo tanto, objetivas *dentro de ciertos límites, nunca totalmente* (*Mouchet, 1941: 14*; subrayados en el original).

En consecuencia, las precisiones conceptuales de Mouchet permiten situar el problema de su psicología vital en el cruce de dos grandes dominios: el primero es el de la psicología biológica, entendiendo por tal una *psicología de la vida*, campo respecto del cual Mouchet a un mismo tiempo recelaba pero, aun con reservas, adhería. El segundo dominio es el de las corrientes vitalistas, de las cuales Mouchet se diferenciaba explícitamente, aun cuando el clima de ideas que rodeaba su obra se encontraba en íntima relación con el clima de ideas característico de algunas formas de vitalismo.

Para Mouchet, su sistema comenzaba en el *sentimiento de la vida*, al que consideraba el “principio irreductible del conocimiento objetivo y subjetivo” (*Mouchet, 1941: 15*) y “el núcleo central de los demás modos de sensibilidad”, inclusive “de toda la vida psíquica” (*Mouchet, 1941: 25*).

Para fundamentar tal concepción, Mouchet analizaba experiencias de Pi y Suñer en su libro *La unidad funcional*, relacionadas con la sensibilidad gástrica y los movimientos del píloro en el proceso de la digestión. También las teorizaciones de Sollier sobre la cenestesia cerebral como fundamento de las emociones, las concepciones de

Sante de Sanctis acerca del valor afectivo de las sensaciones internas y los conceptos de Ribot en *Les maladies de la personnalité*, para quien la cenestesia constituía la base orgánica de la personalidad.

Las corrientes nerviosas centrípetas que provienen de los órganos, si bien no constituyen -salvo cuando se experimenta dolor -estados claros de conciencia, como acontece en el campo de los *sentidos* o sensibilidad externa, producen, en cambio, al fusionarse, esa como sinfonía afectiva que llamamos *cenestesia*, o mejor, empleando un término más general, el *sentimiento vital* (Mouchet, 1941: 28-29).

Dicho sentimiento vital se manifestaba con nitidez cuando “cerramos las puertas de entrada de los estímulos externos y caemos en el campo de la percepción interior”; entonces, el primer dato que aparece en nuestro mundo interno es el de la propia personalidad:

Es, como se ve claro ahora, la conciencia de la existencia. Ésta, desde el punto de vista *objetivo*, es percibida como *cuerpo*; desde el punto de vista *subjetivo*, como *alma* (Mouchet, 1941: 29).

Mouchet fundamentaba así la incorporación a su sistema del concepto de *alma*. Con todo, la idea de alma en Mouchet está lejos de los postulados cartesianos e igualmente alejada de cualquier significación religiosa. En efecto, una personalidad como Mouchet, militante del Partido Socialista, adherente a ideas progresistas y laicas, que como legislador fue corredactor en la Cámara de Diputados de numerosos proyectos de ley que presentó Alfredo Palacios en el Senado, utilizaba el concepto de alma en un sentido, si se quiere, *fenomenológico*: el alma constituiría una percepción subjetiva de la propia existencia. Con todo, sus esfuerzos por desubstancializar la noción de alma no parecen haber sido del todo exitosos. Así, por ejemplo, llegó a referirse al *alma vital* presente en cada etapa evolutiva, de manera análoga a la presente en cada especie animal, coincidiendo con planteos de inspiración aristotélica que, desde Brentano y Scheler, circulaban ampliamente en el campo psicológico y filosófico local.

Lo que interesa es que en ese sentimiento vital descansaba el fundamento de la percepción externa y de conceptos como los de

tiempo, espacio, unidad y causalidad. Precisamente, en sus investigaciones sobre percepción de obstáculos en ciegos, que retomaron experiencias de Pierre Villey, demostró que esa percepción no se debía a una sensación cutánea especial, sino a una sensación percibida de modo auditivo, aunque no de sonoridad, de la cual era responsable el sentimiento de vida. Para ello, Mouchet diferenciaba entre las funciones de la porción coclear del laberinto membranoso, responsable de las sensaciones sonoras, y la porción vestibular, responsable de las sensaciones internas de posición de la cabeza (como ya habían analizado Flourens, Goltz, Breuer, Mach y Crum Brown), de las sensaciones de equilibrio corporal (según demostraciones de Ewald y Luciani) y de la sensación de “presencia” de un objeto colocado a distancia, según sus propias investigaciones (*Mouchet, 1938a, 1938b, 1941*).

Mouchet evidenció familiaridad con los problemas y teorías de la psicología de su época. Un testimonio de ello es su recepción temprana del psicoanálisis. Mouchet incorporó sistemáticamente las teorías de Freud a su perspectiva, aun cuando esa incorporación fuera siempre crítica y, desde ya, ajena a cualquier posición ortodoxa (*Klappenbach, 1997: 141-158*). La matriz desde la cual Mouchet acogió a Freud fue, al mismo tiempo, académica y militante, en un campo intelectual de izquierda, en el cual la figura de Freud generaba alineamientos bien diferenciados entre la vertiente caracterizada como *plebeya y reformista*, cercana al proyecto de la revista *Claridad*, por una parte, y el grupo mas *académico y ortodoxo* de *Nosotros* o la *Revista de Filosofía*, por otro (*Vezzetti, 1996*).

Mouchet inscribía el psicoanálisis principalmente en el *dominio de la psicología*. Desde tal perspectiva, la afirmación de que el “psicoanálisis nació como un método de diagnóstico y de curación de la neurosis; luego la imaginación exuberante de Freud lo transformó en un sistema de psicología” (*Mouchet, 1926: 11*) adquiriría un valor únicamente genético y no epistemológico. Asimismo, cobraría sentido el reconocimiento de Mouchet al psicoanálisis porque “reanimó la llama del entusiasmo en el *campo de la psicología* y volvió a ser ésta, como en sus buenos tiempos, la ciencia de la actualidad”, o por “haber dado toda la importancia que efectivamente tiene para la psicología el problema sexual” (*Mouchet, 1926: 410*).

Mouchet procuró un análisis equilibrado entre quienes consideraban a Freud “un genio creador en el campo de la psicología” y quienes “se declaran sin ambages enemigos de sus teorías, negándoles sistemáticamente todo valor científico y filosófico”, entre los que incluía a Aníbal Ponce. Con todo, y a pesar de que la medida académica le permitía reconocer que “el psicoanálisis ha prestado algunos servicios a la civilización” (*Mouchet, 1926*: 406, 409), el balance final de Mouchet en 1926 era fuertemente crítico:

El psicoanálisis nació como un método de diagnóstico y de curación de las neurosis; luego la imaginación exuberante de Freud lo transformó en un sistema de psicología. Posteriormente se fue expandiendo hasta abarcar la estética, la sociología, la mitología, la lingüística, la pedagogía, convirtiéndose así, por obra del mismo Freud, en un sistema filosófico. *Creemos firmemente que esta excesiva expansión de la doctrina será la causa originaria de su descrédito y de su ruina* (*Mouchet, 1926*: 411; subrayado nuestro).

Sin embargo, sólo cuatro años después, en la presentación, ya comentada, ante la Sociedad de Psicología de Buenos Aires sobre “El estado actual de la psicología en Europa y América”, la “corriente psicoanalítica” estaba inscrita en el dominio de la psicología, en un pie de igualdad con la Escuela de Würzburg, el conductismo, la psicología de la estructura o la psicología de la forma (*Mouchet, 1933*: 8-9). Quince años más tarde, en *Instinto, Percepción y Razón*, reafirmó esta inscripción. Allí, Freud era convocado expresamente en diversos pasajes, y aparecía evocado -aunque no se lo mencionara- en otros. Aun cuando Freud era a veces cuestionado, sus hipótesis formaban parte de la ciencia de modo inequívoco. Inclusive, que el psicoanálisis fuera un *sistema* de psicología general y omnicompreensivo, ya no era valorado negativamente como en 1926. Como todo sistema, aparecía limitado y parcial pero siempre, como hemos analizado, necesario para el desarrollo del conocimiento.

En definitiva, el acercamiento de Mouchet al psicoanálisis no dejaba de ser el de un *académico* de la psicología, para quien las teorías freudianas constituían referencias ineludibles en el cuadro general de la disciplina. En cambio, en el marco de la exposición de los

“últimos avances de la medicina mental”, Mouchet llegaba a incluir el choque insulínico de Sakel, la convulsoterapia cardiazólica de von Meduna, el electrochoque y la psicocirugía de Egas Moniz, omitiendo cualquier referencia a la terapia psicoanalítica, no obstante incluir un breve apartado sobre psicoterapia. En verdad, la referencia a la psicoterapia era sumamente general, limitándose a recomendar a los médicos el abandono de la “medicina veterinaria” para ingresar al campo de la psicología y las humanidades (*Mouchet, 1945b: 453-469*).

Si hemos considerado oportuno demorarnos en Mouchet, no es solamente porque fue, con Alberini, uno de los responsables de la enseñanza de la psicología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante veinte años. Ambos, desde distintas perspectivas, edificaron *sistemas de psicología* –por así llamarlos– en los cuales se rediscutió la psicología como ciencia natural, según había sido desarrollada en las primeras décadas del siglo.

Psicotecnia y orientación profesional tempranas. Los estudios de Palacios sobre fatiga

La preocupación por el problema de la psicotécnica y la orientación profesional surgió en la Argentina en el marco de, al menos, dos tradiciones diferentes. Una de ellas estuvo marcada por la tradición de inspiración socialista, en la cual los estudios de Alfredo Palacios sobre la *fatiga* constituyeron una referencia ineludible. La segunda, más preocupada por la racionalización del estado y de las fuentes de trabajo, podría sintetizarse en la obra de Carlos Jesinghaus. Lo interesante es que ambas tradiciones recurrieron tempranamente a la psicología y que, no obstante sus diferencias ideológicas importantes, coincidieron en algunas direcciones y en no pocos planteos. Así, por ejemplo, Palacios apoyó la propuesta presentada por Jesinghaus en el Congreso del Trabajo, reunido en Rosario en 1923, de organizar un Instituto de Orientación Profesional (*Palacios, 1925*).

Para Alfredo Palacios, tanto sus estudios sobre la fatiga como la instalación de un Laboratorio de Psicofisiología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, en 1923 (*Palacios, 1925*), eran coincidentes con sus reclamaciones a

favor del mejoramiento de las condiciones laborales de los trabajadores, entre ellas, el reclamo de la jornada laboral de ocho horas y la efectivización de normas tendientes a prevenir accidentes de trabajo y mejorar las condiciones de higiene, que promovería desde su banca de diputado nacional desde 1904.

En aquellos años crecieron las organizaciones sindicales y las anteriores reivindicaciones salariales dieron lugar a protestas, e inclusive huelgas, por la supresión del trabajo a destajo y la implantación de la jornada laboral de ocho horas (*Falcón, 1990: 350 y ss.*). Palacios adhería a la política mayoritaria del Partido Socialista, que planteaba la necesidad de la intervención del Estado a los fines de resolver la “cuestión social”, política que no sólo se diferenciaba de los sectores ultraconservadores del partido gobernante, sino inclusive de las organizaciones anarquistas, igualmente refractarias al intervencionismo estatal. Pero las posiciones en el Partido Socialista no eran uniformes: por ejemplo, el proyecto de reforma laboral del Poder Ejecutivo de la Nación, impulsado por el ministro del Interior, Joaquín V. González, que había sido elaborado con el aporte de destacados intelectuales socialistas como Ugarte, del Valle Iberlucea e Ingenieros –quien desde 1903 no pertenecía orgánicamente al partido-, generó no pocos debates (*Cornblit, 1980: 613 y ss.*), e incluso divisiones, en el seno del Partido Socialista.⁶

El propio Palacios había impulsado leyes tendientes a mejorar las condiciones laborales, como la ley del descanso dominical, sancionada en 1905 o la ley reglamentaria del trabajo de mujeres y menores, que limitaba la jornada laboral a un máximo de ocho horas (*Panettieri, 1982: 162 y ss.*). En la misma línea de acción, varios años después apareció su interés por el estudio de la fatiga y por la organización del Laboratorio de Psicofisiología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata.

Palacios cuestionaba la equiparación entre el trabajo humano y el trabajo de una máquina; desde su perspectiva, el hombre no debía considerarse una máquina industrial. Si el hombre consistía en un “aparato psico-fisiológico”, el estudio del trabajo humano no podía limitarse a una cuestión únicamente mecánica. En ese sentido, subrayó que “el factor psíquico influye de una manera decisiva” (*Palacios, 1944: 51*). Dirigió una fuerte crítica al taylorismo, en la medida en

que su objetivo del mayor rendimiento posible utilizaba la psicología experimental de manera errónea y no era capaz de verificar el crecimiento de la fatiga, al no incluir actividades de reposo en el trabajo. Por el contrario, Palacios demostró la incidencia de la fatiga en uno de los talleres del Riachuelo administrados por el Estado y con régimen de jornada de ocho horas,. Para ello, trasladó algunos aparatos a la planta y realizó cuatro mediciones en los obreros, de las mismas variables cada vez: por la mañana, al ingresar a la fábrica; al mediodía, cuando finalizaba la labor matutina; al retornar al trabajo luego del almuerzo y al finalizar la jornada de trabajo. Las mediciones incluían indicadores orgánicos (análisis de orina, cardiograma y pneumograma) y psicofisiológicos, entre ellas estudios de estesiometría, ergograma y dinamograma. La matriz para la interpretación de los resultados estaba dada, por una parte, por el propio compromiso ideológico político de Palacios y, por otra, por los estudios de Mosso y su discípulo Maggiora.

Mas allá del valor de los resultados, que evidenciaban efectivamente una disminución de la fuerza muscular a medida que avanzaba el día, lo que resulta interesante destacar en las experiencias de Palacios son dos cuestiones. La primera, su vocación por dar fundamentos científicos a sus reclamos políticos, en este caso la psico-fisiología. La segunda, la elección de métodos e instrumentos que provenían de la tradición psico-fisiológica de raigambre experimental. Los aparatos, entre ellos el célebre ergógrafo de Mosso con el correspondiente cilindro registrador, le fueron facilitados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y el propio Ayudante del Laboratorio de Psicología Experimental de dicha institución, José L. Alberti, participó en las mediciones (*Palacios, 1944: 106 y ss.*). Esas experiencias le permitieron a Palacios fundamentar la incidencia de la fatiga en las funciones psico-físicas, desde la inteligencia hasta el conjunto del organismo, como así también establecer correlaciones entre la fatiga y la tuberculosis, las enfermedades infecciones y, desde ya, los accidentes de trabajo. A partir de los datos de la ciencia, Palacios insistió en la necesidad de reducir la jornada de trabajo a ocho horas, como se desprendía de la Convención de Washington. Como ha sido destacado, con los estudios de Palacios se inició una nueva línea de investigación en torno al trabajo, en la que interactuaron aspectos científicos, éticos e ideológicos (*Vezzetti, 1988*).

El Laboratorio de Psicofisiología de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, que Palacios organizó en 1923, se inscribía en el mismo campo de preocupaciones. En primer lugar, Palacios sostenía, basándose en el tratadista Ilicio Valli, las relaciones del derecho con la psicología ya que, para que exista una norma de conducta determinada, debían existir “seres constituidos psicológicamente, capaces de comprenderla y uniformar por ella la propia acción” (*Valli, 1900*). En esa línea, Palacios retomaba las tesis de Ingenieros, para quien el delito era un acto y todo acto era el resultado de un proceso psicológico de adaptación a los estímulos del medio.

En segundo lugar, Palacios no sólo sostenía el anclaje psicológico de los actos jurídicos, sino que instituía un “laboratorio de psicología”, concebido como “un centro destinado al estudio de las *aplicaciones prácticas de la psicología experimental*” (*Palacios, 1925: 336-337*; subrayado nuestro). A tal fin, proponía la utilización de métodos de la psicología experimental y de la psicometría, no muy alejados de Ingenieros o Piñero:

Después de la psicofísica y de la psicocronometría, la psicodinámica. Se estudia la emoción, la fatiga física e intelectual, con las modificaciones producidas en la circulación, la respiración, etc., a cuyo efecto se inventaron aparatos registradores” (*Palacios, 1925: 332*).

En tercer lugar, Palacios no limitó el laboratorio al campo del derecho penal, sino que propuso realizar estudios fisiopsicológicos, en el marco de una ciencia del trabajo que posibilitara que “las distintas aptitudes orgánicas y mentales puedan tener la más acertada adaptación”, en la tradición de Josefa Ioteyko, de la Universidad de Bruselas, y de Hugo Münsterberg, de la Universidad Harvard, aun cuando cuestionaba que, en cierto sentido, este último se mantuviera adherido al modelo de Taylor (*Palacios, 1925; 1944*).

En relación con su libro sobre *La fatiga*, en su artículo de 1925 Palacios introdujo algunos conceptos novedosos, en los que se reconoce la impronta de Claparède. Así, siguiendo al psicólogo ginebrino, señaló que la *orientación profesional* se ubicaba en el marco de la *psicotécnica*, a la cual consideraba como la aplicación experimental de

la psicología a la economía política y, en tal sentido, como una de las disciplinas de la ciencia del trabajo. Al mismo tiempo, retomó la distinción de Claparède entre *selección y orientación*. Mientras la primera sólo le interesaba al patrón, en la medida en que procuraba elegir a los más aptos para determinado trabajo, la segunda interesaba al individuo y la comunidad, ya que buscaba el mejor trabajo para cada individuo. Para tal objetivo, Palacios se pronunciaba a favor de instalar laboratorios, tanto en las universidades como en los talleres del Estado y, en ese sentido, coincidía con la propuesta de Jesinghaus de instalar un Instituto Central de Orientación Profesional (*Palacios, 1925*).

Conclusiones

Los esfuerzos de teorización de personalidades como Alberini, Mouchet o Palacios, sumados a los datos sobre el floreciente desarrollo institucional, pueden ser suficientes para ilustrar el tránsito vigoroso de la psicología en la Argentina, durante el período entreguerras. Mas aún, la heterogeneidad de ese desarrollo dificulta el hallazgo de notas que pudieran ser comunes a las distintas manifestaciones, teóricas, pedagógicas, aplicadas e institucionales. Con todo, es posible arriesgar tres rasgos centrales, que podrían sintetizar la psicología argentina de este período.

Una primera característica saliente consistiría, precisamente, en el intenso movimiento de circulación de autores, instituciones e ideas psicológicas.

En segundo lugar, puede advertirse una relación de ambigüedad -quizás hasta de contradicción- hacia la tradición psicológica de las primeras décadas del siglo. Es decir, por una parte, no dejaban de señalarse los límites de la psicología fisiológica pero, al mismo tiempo, la tradición clínica y patológica, asentada originariamente en la fisiología, conservaba un interés pronunciado en el período, por ejemplo en Mouchet y muchos de los colaboradores de los *Anales del Instituto de Psicología*.

En tercer lugar, hay un marcado repliegue de la psicología académica hacia la filosofía, pero no en el sentido de Wundt, para quien la psicología venía a resultar la ciencia más empírica de todas, complemento de las ciencias naturales, disciplina preparatoria de la

filosofía y ciencia de la experiencia (*Wundt, 1922*). Más vale, en concordancia con el clima de ideas del período, parecía predominar la idea de una reflexión filosófica que resultara de utilidad para establecer límites a las formas sensibles de la experiencia. Esta característica sería notoria en Alberini pero difusa en Mouchet o Palacios.

Notas

1. “Ortega y Gasset conocía como pocos el desenvolvimiento integral de las *ciencias alemanas del espíritu*” (*Segura Covarsi, 1950*).
2. “La presencia de Ortega y Gasset en el año 1916 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento. Autodidactos y *diletantes* tuvimos la ocasión de escuchar la palabra de un maestro; algunos despertaron de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre. De entonces acá creció el amor al estudio y aflojó el imperio de las doctrinas positivistas.” (*Korn, 1983: 280*).
3. Kurt Danziger (*1980: 120*) señalaba: *Only a narrow range of experiments met the very stringent criteria that Wundt had set up for the rigorous psychological experiment. He was also very explicit about the fact that such experiments could only be used to investigate psychological processes on a relatively simple level.*
4. Esta noción *telética* de la vida, correspondería, según Manuel Gonzalo Casas (*1957*), a lo que hacia la mitad de siglo comenzaría a denominarse *intencionalidad*. Alberto Vilanova (*1996*), en su notable estudio sobre la psicología de Alberini, la equipara con el *proactivismo* de la psicología cognitiva contemporánea.
5. Entre las ciencias afines, la publicación señalaba la paidotecnia, psicotecnia, orientación profesional, sexología, penología, medicina legal y social. Con respecto a sus directores: Leopoldo Mata, era graduado en Psicotecnia y Orientación Profesional y Jefe del Laboratorio de Psicotecnia aplicada a la Pedagogía del Instituto J. E. Rodó; René Arditi Rocha era Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Clínica Psiquiátrica con asiento en el Hospital Nacional de Alienadas, a cargo del profesor Luis Esteves Balado.
6. El Proyecto de Código de Trabajo precipitó una escisión dentro del Partido Socialista, que tenía raíces más profundas, a partir de los cuestionamientos del “sindicalismo revolucionario” a la dirección del partido, como ha analizado extensamente *Bilsky, 1985: 129 y ss.*

Referencias

- Agulla, J. C. (2001). La sociología en el período de entreguerras. *Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, 11, 185-199.
- Alberini, C. (1921). Introducción a la axiogenia. *Humanidades*, 1, 107-149.
- _____ (1923). Psicología II. En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires 1923*: 45-46.
- _____ (1926). La metafísica y la psicología empírica. *Verbum*, 19 (65), 5-12.
- _____ (1928). Psicología II. En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1928*: 83-85.
- _____ (1942). Psicología. En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1942*: 27-28.
- _____ (1950). Discurso del Vice-Presidente del Comité de Honor y Secretario Técnico del Congreso, Dr. Coriolano Alberini, de la Universidad de Buenos Aires, en representación de los miembros argentinos. En *Universidad Nacional de Cuyo, 1950*: 73.
- Ardila, R. (1974). Los 100 libros de psicología más importantes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 6 (2): 197-227.
- Armus, D. (1990). (Ed.) *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Babini, J. (1967). Vicisitudes del desarrollo científico nacional. En *Rodríguez Bustamante, 1967*: 144-149.
- Biagini, H. (1989). *Filosofía americana e identidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bilsky, E. (1985). *La F.O.R.A y el movimiento obrero. 1900-1910. Tomo 2*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bunge, M. (2001). La filosofía en la Argentina entre las dos Guerras Mundiales: reminiscencias de un sobreviviente. *Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, 11: 179-184.
- Casas, M. G. (1957). Coriolano Alberini y la filosofía argentina. *Humanitas*, 8: 131-149.
- Cattell, J. M. (1888). The psychological laboratory at Leipsic. *Mind*, 13: 37-
- Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Miguel Cervantes (1950). *Índice de la «Revista de Occidente»*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Cornblit, O. (1980). Sindicatos obreros y asociaciones empresarias. En *Ferrari; Gallo, 1980*: 613 y ss.

- Danziger, K. (1980): Wundt's Psychological Experiment in the Light of his Philosophy of Science. *Psychological Research*, 42: 109-122.
- Dobson, V. & D. Bruce (1972). The German university and the development of experimental psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 8 (2): 204-207.
- Dotti, J. (1992). *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1907). Sesión del 20 de noviembre de 1907. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 10: XLV.
- _____, (1909). *Programas de los cursos. 1909*. Buenos Aires: Autor.
- _____, (1910). *Programas de los cursos. 1910*. Buenos Aires: Autor.
- _____, (1913). *Programas de los cursos. 1913*. Buenos Aires: Autor.
- _____, (1923). *Programas de los cursos. 1923*. Buenos Aires: Autor.
- _____, (1928). *Programas de los cursos. 1928*. Buenos Aires: Autor.
- _____, (1942). *Programas de los cursos. 1942*. Buenos Aires: Autor.
- _____, Laboratorio de Psicología (1916). *Trabajos de psicología normal y patológica*. 2 vol. Buenos Aires: Cia. Sudamericana de Billetes de Banco.
- Falcón, R. (1990). Aspectos de la cultura del trabajo urbano. Buenos Aires y Rosario, 1860-1914. En *Armus*, 1990: 350 y ss.
- Ferrari, G. & E. Gallo (1980). (Eds.) *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ferrari, R. (1997). Un caso de difusión en nuestra ciencia. Presencia de científicos alemanes en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario (1906-1915) y de sus discípulos en la Facultad de Química Industrial de Santa Fe (1920-1955). *Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, 4: 423-448.
- Foradori, I. A. (1941). *Enrique Mouchet. Una vida. Una vocación*. Rosario: Instituto J. V. González..
- _____, (1944). *Perfiles de psicólogos argentinos*. Bs. As: s/ed. Imprenta Lanari.
- _____, (1968). *Sociedad Argentina de Psicología. 1930-1968*. s/e.
- Grasset, J. (1886). *Traité pratique des maladies du système nerveux*. Montpellier: Camille Coulet - Paris: Adrien Delahaye et E. Lecrosnier.
- _____, (1898). *Leçons de clinique médicale*. Montpellier: Camille Coulet - Paris: Masson et Cie.
- _____, (1903). *L'hypnotisme et la suggestion*. Paris: Octave Don
- _____, (1906). *Le psychisme inférieur*. Paris: Chevallier et Rivière.

- Ingenieros, J. (1909). Programa de Psicología. Segundo Curso. En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1909*: 3-10.
- _____ (1910). Programa de Psicología. (Segundo Curso). En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1910*: 11-12.
- _____ (1916). Ingenieros, J. (1916). *Principios de psicología*. 5ª ed., Buenos Aires: Rosso y Cía.
- Instituto Nacional del Profesorado Secundario (1908). *Memoria*. Buenos Aires: Talleres de la Penitenciaría
- Klappenbach, H. (1987). Primeros cursos de psicología en la Universidad de Buenos Aires (1895 y 1896). *Actualidad Psicológica*, 137: 11-13.
- _____ (1994). La recepción de Wundt en la Argentina. 1907: creación del Segundo Curso de Psicología en la Universidad de Buenos Aires. *Revista de Historia de la Psicología*, 15 (1/2): 181-197.
- _____ (1996). Prólogo a Piñero, 1996.
- _____ (1997). Mouchet, la psicología y los sueños de Freud. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 3(1/2): 141-158.
- _____ (1999). La recepción orteguiana, Alberini y la renovación de la psicología argentina a partir de los veinte. *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (1): 87-95.
- Kohn Loncarica, A. (1973). A sesenta y cinco años de la fundación de la primera sociedad psicológica en América Latina: historia de la Sociedad Argentina de Psicología (1908-1973). *La Semana Médica*, 143 (29): 923-925.
- Korn, A. [1919] (s/f). *Ensayos críticos sobre filosofía, ciencias y letras* [El porvenir de la filosofía]. Buenos Aires: Claridad.
- _____ [1936] (1983). *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Buenos Aires.: Ediciones Solar.
- Krueger, F. (1908). Filosofía y Psicología. En *Instituto Nacional del Profesorado Secundario, 1908*: 91-104.
- Mouchet, E. (1926). Significación del psicoanálisis. *Humanidades*, 12: 405-411.
- _____ (1930). La perceptibilité tactile de l'aveugle. In *Ninth International Congress of Psychology, Proceedings and papers*: 320-321.
- _____ [1930] (1933). El estado actual de la psicología en Europa y América. *Boletín de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, Tomo I*: 8-9.
- _____ (1935). Palabras liminares. *Anales del Instituto de Psicología*, 1: 11-12.
- _____ (1938a). La perceptibilidad táctil del ciego. *Anales del Instituto de Psicología*, 2, 409-417.
- _____ (1938b). Un nuevo capítulo de psicofisiología. El 'tacto a distancia' o 'sentido de los obstáculos' en los ciegos. *Anales del Instituto de Psicología*, 2: 419-441.

- _____ (1941). *Percepción, instinto y razón. Contribuciones a una psicología vital*. Buenos Aires: Gil
- _____ (1945a). *Psicopatología del pensamiento hablado*. Buenos Aires: Editorial Médico-Quirúrgica.
- _____ (1945b). Los últimos avances de la medicina mental. En *Sociedad de Psicología de Buenos Aires, 1945*: 453-469.
- _____ (1953). *Tratado de las pasiones*. Bs. As.: Nova.
- Palacios, A. (1925). La psicofisiología y las ciencias sociales. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, 11 (6): 322-348, 345 y ss.
- _____ [1922] (1944). *La fatiga y sus proyecciones sociales*. 4ª ed., Buenos Aires: Claridad.
- Panettieri, J. (1982). *Los trabajadores*. 3ª ed., Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Piñero, H. G. (1902). Psicofisiología de las sensaciones. *Anales del Círculo Médico*, 25 (7): 317-344.
- _____ (1904). Conclusiones del Profesor de Psicología Experimental Doctor Horacio G. Piñero. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2: 391-394.
- _____ (1996). La psicología experimental en la República Argentina. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 2 (1/2): 239-268.
- Pró, D. (1960). *Coriolano Alberini*. Valle de los Huarpes: s/e: 77.
- Ríos, J.C.; Ruiz, J. C. Stagnaro & P. Weissmann (2000). (Eds.). *Psiquiatría, Psicología y Psicoanálisis*. Historia y Memoria. Buenos Aires: Polemos.
- Rodríguez Bustamante, N. (1967). (Ed.), *Los intelectuales argentinos y su sociedad*. Bs. As.: Ediciones Libera.
- Rodríguez Etchart, C. (1913). Psicología. Segundo Curso. En *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1913*: 21-22.
- Romero, F. (1950). Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina [2ª parte]. *Cuadernos Americanos*, 50 (2), 117-120.
- _____ (1957). Ortega Gasset y el problema de la jefatura espiritual. *Cursos y Conferencias*, 26, 50 (276): 1-19.
- Romero, J. L. [1965] (1998). *Desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Buenos Aires: A-Z Editora.
- Sanz Ferramola, R; H. Klappenbach (2000). La psicología en los años treinta. Estudio bibliométrico de los *Anales del Instituto de Psicología (1935-1941)*. En Ríos, Ruiz, Stagnaro, Weissmann, 2000: 269
- Sociedad de Psicología de Buenos Aires (1933). *Boletín de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, Tomo I*.

- _____ (1945). (Ed.) *Trabajos actuales de psicología normal y patológica*. Buenos Aires: Editorial Médico-Quirúrgica.
- Segura Covarsi, Enrique (1950). Prólogo. En *Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950*: XVII.
- Terán, O. (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Universidad Nacional de Cuyo (1950). *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía. Tomo I*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Valli, I. (1900). *Lecciones de filosofía del derecho*. Citado por Palacios, 1925: 327.
- Vezzetti, H. (1988). (Ed.) *El nacimiento de la psicología en las Argentina* [Estudio preliminar]. Buenos Aires: Puntosur.
- Vilanova, A. (1996). Materia y mente en la psicología de Coriolano Alberini. *Thesis. Revista de Historia de la Psicología, 1* (2), 16-26.
- Wundt, W. (1900-1920). *Völkerpsychologie. Eine Untersushung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythus und Sitte*. Leipzig: Engelman.
- _____ [1896] (1922). *Grundriss der Psychologie*. 15. Auflage. Leipzig: Kroner.
- _____ (1921). *Logik. Eine Untersuchung der Prinzipien der Erkenntnis und der Methoden wissenschaftlicher Forschung*. 4. Auflage. Stuttgart: Verlag von F. Enke. Tomo 2.
- _____ [1881] (1999). Acerca de los métodos psicológicos. *Revista de Historia de la Psicología, 20* (4): 111-136.